

al-mubāshirīn, traducido como “y se ha impedido la dilación por parte de los funcionarios”, significa más bien “y la obstrucción se ha debido a dilación de los funcionarios”. *wa-yuwaṣṣī man yakhtār* (líneas 100-101), en vez de “y legado a quien él elija”, debería leerse “y ha designado como ejecutor a quien él elija”. *wa-hurrir al-amr baynahum* (línea 121) significa “y se ha registrado el asunto (o ‘caso’) entre ellos”, en vez de “el asunto será arreglado entre ellos”, que hace caso omiso del *wāw al-ʿatf* y del tiempo verbal. En la línea 153, *bi-ghayr ṭariq wa-lā wajh* podría significar a primera vista “por cualquier medio que sea”; pero ésta y otras expresiones análogas se repiten en todo el documento en un sentido estrictamente legal, y así han sido traducidas (véase *bi-ghayr ṭariq*, líneas 33, 158 y 207; *ʿalā al-wajh al-sharʿī*, líneas 94 y 177; *bi al-ṭariq al-sharʿī*, líneas 111, 121, 164, 183 y 222, y *ṭariq*, línea 202). En vista de lo anterior, aquí parecería preferible la traducción “sin debido proceso”. En la línea 248, *mimman haḍar fī al-markab al-madhkūr*, traducido como “el que llegó en dicho barco”, significa más bien “entre los que llegaron en dicho barco”. Finalmente, aparece en algunas partes de la traducción una literalidad innecesaria, como en la repetida traducción de la frase hecha *uḥbū ilā dhālik* por “en esto se ha respondido a ellos”, que sonaría mejor si se reemplazara “ellos” por “su demanda”.

La obra en conjunto, incluidas las secciones en que he tenido oportunidad de criticar la traducción, constituyen una importante contribución a la documentación de la historia islámica, y demuestra que aumenta el número de estudiosos expertos en documentos diplomáticos del Islam. Esperamos ansiosamente los próximos volúmenes de la misma serie.

L. M. KENNY
Universidad de Toronto

NICHOLAS R. CLIFFORD, *Retreat from China; British Policy in the Far East, 1937-1941*. Seattle-London, University of Washington Press, 1967. x + 222 pp.

La reciente decisión británica de liquidar los remanentes de su poderío militar en Asia otorga actualidad a este juicioso estudio de historia diplomática. El autor, ex agente secreto de la marina norteamericana, se doctoró en Harvard en 1961 y ha enseñado historia en importantes centros académicos de su país. Su tesis está basada en un considerable acopio de fuentes, tanto documentos y crónicas oficiales como bibliografía especializada, memorias e informes inéditos de algunos protagonistas de la política internacional de preguerra.

Para Clifford, la noción de “apaciguamiento” (*appeasement*) acuñada para definir la política exterior británica del gabinete Chamberlain en Europa es inaplicable a su actitud ante los problemas que planteaba en Asia oriental la expansión del militarismo japonés.

Por cierto, es necesario tener en cuenta además otros factores: en primer término, la debilidad militar británica en el área del Pacífico, y luego, la importancia secundaria que ésta asumía en el cuadro total del Imperio. Notoriamente, el “imperialismo del libre comercio” que había impulsado a las potencias europeas hasta los confines asiáticos entraba en crisis a principios del siglo xx. El ascenso súbito de Japón a la categoría de nación desarrollada había introducido un factor extraño en el impúdico reparto del melón chino y demás frutos coloniales. Aunque advenediza en las lides internacionales, la nueva potencia asiática no parecía representar una amenaza para los intereses occidentales, que de inmediato procuraron ganarla para su comandita. La alianza anglo-japonesa de 1902, primera manifestación de esta complicidad, puede verse desde la perspectiva actual como el comienzo de la contracción de Europa y del “nuevo orden en Asia”, postulado más tarde por Japón para disfrazar una ambición hegemónica que acabaría por desatar la guerra del Pacífico.

Concentrado su objetivo principal en la seguridad de las rutas a la India, Gran Bretaña construyó después de la primera guerra la base naval de Singapur y pareció resignada a confiar a Japón la policía del Pacífico. Pero la revolución soviética había alterado el equilibrio de fuerzas, su ejemplo hacía brotar movimientos nacionalistas y antiimperialistas en toda Asia y particularmente en China, donde el Comintern no sólo guiaba a los jóvenes comunistas, sino que asesoraba al veterano líder revolucionario Sun Yat-sen y a su partido nacionalista. Por otra parte, en la tercera década del siglo el avance de las ideologías de vanguardia exponía al propio Japón a salir de la órbita capitalista.

El gobierno británico fue comprendiendo, lentamente y de mala gana, que no podría soslayar el proceso de renacimiento en Asia, y procuró erigir una alianza con Francia y especialmente con los Estados Unidos, para elaborar una política común para la defensa de sus respectivos intereses comerciales e inversiones financieras. Sin embargo, la aparición de tendencias ultranacionalistas y agresivas sorprendió a las potencias occidentales tan desconectadas en Asia como en Europa. Puesto que la situación planteada por el militarismo japonés no era idéntica a la que provocaban Hitler y Mussolini, la política de apaciguamiento, definida como “elimina-

ción metódica de las causas principales de fricción en el mundo”, no podía significar lo mismo en Asia que en Europa.

El problema de Japón se agudizó en la medida en que las potencias occidentales no se mostraron dispuestas a estudiar y buscar solución a los conflictos que habían surgido en esa crisis de crecimiento. Ignorantes de los problemas sociales y económicos que afrontaba Japón, incapaces de adoptar medidas bélicas o sanciones económicas para contener su agresividad, el apaciguamiento ante la invasión de Manchuria en 1931 y los sucesivos ataques a China no eran sino rendición y entrega. El sentimiento sinófilo generalizado tenía bases estratégicas y económicas, tanto como morales e ideológicas, que comprometían la ayuda de las potencias occidentales ante la agresión, pero ninguna quería encabezar la defensa.

El doctor Clifford ha pesquisado minuciosamente las actitudes vacilantes y contradictorias de las cancillerías y sus embajadores en esos cuatro años cruciales, desde que Japón invadió territorio chino hasta que el ataque a Pearl Harbor arrastró a los Estados Unidos a la guerra. Su análisis revela hasta qué punto la discrepancia de intereses impedía la formación de esa alianza en que Gran Bretaña quería comprometer el liderazgo de los Estados Unidos, mientras éstos se resistían a “sacar las castañas británicas del fuego”.

La premisa en que Clifford sustenta la acción diplomática se resume en una frase clave: “La tarea del político creador en un mundo imperfecto no es perfeccionarlo sino a veces simplemente tratar de impedir que surja lo intolerable, la situación en la cual no es posible coexistencia alguna” (p. 160). Y concluye preguntándose si no se habría llegado a los límites de lo tolerable en 1931, porque después de permitir el establecimiento de Manchukuo y la reducción de China al *status* de títere, detener a Japón sólo podía significar aniquilarlo por la fuerza. Y cuando Gran Bretaña y Estados Unidos coincidieron en esta decisión, en 1941, todavía cometieron dos graves errores de análisis: menospreciaron la capacidad beligerante de Japón y no previeron el curso de la guerra en Europa. O sea que, en cierto modo, fue la falta de acuerdo sobre la seguridad colectiva en Oriente, como en Europa, lo que ahogó toda acción efectiva que pudiese haber evitado que surgiera lo intolerable.

MIGUEL V. OLIVERA GIMÉNEZ
El Colegio de México